

Última corrección agosto 2017

**Niria Arroyo**

**Habla el cuerpo**

Hollywood 2017

*¡Desgraciada memoria que obligas a saber por qué rutas hemos llegado a ser lo que somos! Y también divagaba, medio adormecido, que mi cuerpo no era del todo homogéneo, sino que algunas de sus partes no estaban todavía maduras y mi cabeza se reía y se burlaba del muslo, mientras el muslo de la cabeza se burlaba; y que el dedo lo hacía del corazón, el corazón de los sesos, la nariz del ojo, el ojo de la nariz a carcajadas; locamente se carcajeaban, y todos esos miembros y partes del cuerpo se violaban mutuamente y salvajemente en un atmósfera de penetrante e hiriente pan-mofa*

Witold Gombrowicz. Fredydurke

*Para Antonio*

*Cuando el cuerpo habla el alma escucha*

## La media existencia

La vida se nos va en ello, en buscar y mantener existencia plena. Nada más inútil. Cuando somos jóvenes pensamos que disfrutamos de una existencia plena pero nos engañamos. Es la primera mitad del vaso, la otra mitad es proyección. Ingenuamente creemos que esa plena existencia la alcanzaremos en la vejez y de nuevo nos equivocamos. A los viejos se nos va el día a día visitando nuestra infancia, repasando y rememorando una y otra vez imágenes que llegan sin ser convocadas y con tal grado de autonomía que cuando intentas ponerlas en contexto escapan, huyen, dando paso a otras aún más lejanas y sorprendentemente más nítidas, llenas de vitalidad y fulgor.

Somos concientes de que estamos instalados en la vejez cuando al despertar sabemos que tenemos por delante un día más, un día de 24 horas sin semanas y meses en perspectivas pero sí con mucho pasado por recordar. Comenzamos a vivir el día como si fuera único, desvinculado del anterior y del siguiente, lo que en cierta medida causa ansiedad porque nada más abrir los ojos ya se vienen en barrena recuerdos que no siempre logramos cerrar en todo su esplendor, antes de que se unan nuevas imágenes que catapultan a otro momento, a otro pasado, a otra circunstancia y ya no podemos precisar con claridad qué edad teníamos o en qué etapa de nuestra vida han sucedido tales recuerdos.

A veces ocurren cosas muy extrañas: me llega una imagen recurrente de mi infancia, debo tener unos 5 años, estoy en un parque sentada en una

banca de madera carcomida por la lluvia; hay en el ambiente un fuerte olor a humedad, tengo frente a mi una mesa con jarra de leche espesa y una mano la sirve dejandola caer desde alto para que haga espuma; esa mano es de mi madre, no alcanzo a ver su rostro pero como todo recuerdo viene sostenido por un sedimento de certeza, asumo que es ella aún cuando no aparezca en la imagen; así como tengo la certeza que ese parque es el patio trasero de nuestra casa pero nunca llego a ver ni a mi madre y a la casa, pero además en ese recuerdo me veo sola en medio de una gran extensión de grama muy verde, y siempre aparece el mismo cielo encapotado, grandes y oscuros nubarrones, una canción que suena a lo lejos pero que llega a mi con toda claridad, y sin embargo no la escucho, mi atención en ese momento está en el sabor de la leche que recuerdo nítidamente y ni siquiera puedo verme a mi misma. Pero no. Es inútil todo intento de reconstruir y esclarecer el momento, porque cuando esa imagen regresa como nueva, sé que es el parque del jardín de infancia, y que la mano es de mi maestra, pero en el recuerdo yo sigo afuera, soy mi observadora. Por eso cuando en otras ocasiones me veo en el solar de la casa de la abuela trato de captar mi propia imagen para tenerla de referente cuando el episodio de la tarde encapotada vuelva a mi, para reconocerme en mi enternecedora delgadez, el cabello claro, escaso y crespo y la mirada escrutadora y húmeda que siempre tuve.

También es verdad que las asociaciones las hacemos a posteriori, una vez que el recuerdo se ha ido, porque luego barruntamos y cuadramos épocas y de ser posible fechas, dando secuencia a las imágenes que sin pudor se atraviesan una y otra vez. Cribamos mientras corremos el tupido velo para llegar al recuerdo original y porqué no decirlo, al que más nos gusta.

En otras ocasiones como ya dije, sí me veo presente en el recuerdo, ya no de observadora sino protagonista. Por ejemplo, el recuerdo que he mencionado en el patio de los abuelos, se desdibuja en diferentes perfiles en cada nueva evocación. Veo a mi abuelo Rafael, su andar lento y rencoso

hacia el cobertizo donde se curan las pieles de los chivos. Lleva en una mano un escabel y en la otra una especie de martillo pero que parece hecho de madera; yo estoy en cuclillas en el patio removiendo una olla muy negra montada sobre tres piedras debajo de las cuales arden grandes tizones rojizos. Otras veces veo a mi abuelo que viene hacia mi con una media sonrisa dibujada en su cara pero que de pronto me parece una mueca de cansancio, le caen goterones de sudor sobre la frente que le nublan la mirada, intentado secarse con el antebrazo izquierdo levantado a modo de vicera, lo veo sentarse sobre un pilón que yace tumbado en el piso de tierra, descansar los pies en el escabel y con una fuerza inusitada clavar estacas en cada esquina de la piel que se dispone a salar. La escena es la misma, la intensa luz del sol sigue en el centro del inmenso cielo blanco, haciendo brillar los techos de zinc de las casas que ocupan de manera irregular el fondo del valle en el que asienta la aldea, pero la sonrisa que se torna en mueca del abuelo sigue siendo un enigma.

El mundo de los recuerdos es inquietante. Muy pocas veces salimos indemnes, sobre todo porque en cada evocación no siempre lo que parece nítido y sólido lo sigue siendo, dando paso a imágenes que han cambiado nuestra propia situación dentro del recuerdo, pero lo que es aún más inquietante es no poder retener las voces aún cuando recordemos las conversaciones que hayamos sostenido. He llegado a pensar que el recuerdo es un gran silencio cuya sonoridad emerge del impacto que tal recuerdo nos haya causado; sí, porque son muy frecuentes los recuerdos blancos, imágenes inofensivas en las que los labios parecen expresarse en playback, pero también los hay sibilinos, sardónicos, como traviosos liantes que superponen cambios de roles que nos hacen dudar al punto de llegar a pensar que lo hemos soñado y no vivido.

Tengo un recuerdo muy corto pero al mismo tiempo intenso. Es de madrugada, cae una lluvia torrencial, mi padre me lleva en brazos a ver al

médico con una fiebre muy alta. Sé que es mi padre aun cuando no le veo, recuerdo que pone la mano en mi cabeza para evitar que tropiece con el marco de la puerta, aunque de todas formas me golpeo y así termina, no llegamos a traspasar el umbral, no alcazo a recordar cómo llegamos hasta ahí, o si mi madre venía con nosotros, pero esa mano que intentaba proteger mi frente siempre es la misma, lo abré soñado? Y si es así, porque siempre los más recurrentes recuerdos son de personas a quienes no veo a diario, precisamente, los están muy lejos o simplemente han muerto.

A veces nos bebemos los vientos por personas que no tenemos cerca, quizás sea ese el mejor uso que demos a la memoria. Puede que también sea una fórmula que nos inventamos para saldar cuentas, para reclamar deudas o redimir carencias. En los recuerdos que me llegan entre los 5 y quizás 7 años, o me veo sola, o entran en el cuadro unas manos protectoras, proveedoras, unos labios indecisos, unos ojos entornados, unos pies cansados. Vuelvo a esa imágenes en búsqueda de alguna metáfora que justifique esa pasión vicaria que me acompañó siempre, que resguarde y conserve belleza y candor, que espante los eufemismos de llamarlas serenidad y desasosiego cuando en el fondo bullen gritos sordos que denuncian la pura y simple soledad.

Los abuelos tanto maternos como paternos, fundaron dos aldeas separadas de entre sí a dos horas de camino. Era frecuente ir en época de vacaciones escolares y por lo general pasábamos los días en el caserío donde vivía Celia, la abuela paterna. No tengo recuerdos de que toda la familia permaneciera allí, en cambio me viene un recuerdo que por inversíml, indefectiblemente, como Vladimir y Estragon esperando a Godot, permanece detenido en el camino.

Voy o vamos, aunque no veo quién me acompaña, caminando hasta la casa de la mamabuela Dolores. Recorro un camino de tierra bordeado de



suculentas de varios tamaños y tipos de cactus. Me lleno las plantas de los pies y los codos de espinas. En algunas evocaciones veo que me espinan los codos al tratar de esquivar el canal de agua verde que se queda depositada en mitad del camino por la lluvia; otras veces ya no veo mis codos hinchados y rojos, pero si mis pies sangrantes por los pinchazos de tunas regadas en el camino, llevo sandalias. El camino se hace interminable, de pronto me ataca un fuerte dolor de estómago, entonces busco algún recodo donde pueda ponerme en cuclillas a fin de aliviar la presión; nadie me acompaña, nadie me llama para que reanude la marcha, nadie sabe donde estoy, pero lo que me sorprende de ese recuerdo recurrente es que no tengo miedo, no espero que vengan en mi ayuda. Quizás no iban mis padres, al menos mi padre suguro que no, y lo más probable es que mi madre ya estaba en casa de la abuela esperándome y yo me habia ido con las primas, pero por más que me esfuerzo por contextualizar el recuerdo, algo impide que se abra un poco más esa ventana al pasado, pero lo que sí me queda claro es que me gustaba sentirme libre y osada, en medio de la vasta soledad.

## Así habla mi cuerpo

Evocar es también una forma de saldar cuentas con nosotros mismos. Murmullos que acorralan, imágenes en barrena que se vienen impúdicas y desafiantes. Por fortuna viene en nuestro auxilio la escritura, que es en toda forma una escritura de sobrevivencia. Esa escritura convertida en una presencia en gerundio, que por momentos pone freno a esos moscardones zumbantes que atacan nuestros oídos y ha venido a suplantar al espejo. Ya no me miro en él, a no ser para eliminar restos de depilatorias hechas casi a ciegas por culpa de lentes vencidos, pero nunca para mirarme de cuerpo entero y menos desnudo. No me detengo a ver mis ojos que ya van asomando esa mirada -como de quien viene de presenciar el horror-que muestran los ancianos. Pero la verdad no estoy siendo justa conmigo porque si hay algo que admiro y valoro en este acercamiento acompasado pero decidido a la vejez, es la imperfección. Se lo digo a mis hijos siempre, no busquen la perfección, porque si la logran ya no hay nada más que hacer, nos tendríamos que cruzar de brazos, en cambio, al formar parte de un universo que no es estático, donde todo se mueve, o evoluciona, o migra, o muta, pues la imperfección la hacemos mover hacia lo perfecto y lo mejor de todo es que en ese tránsito bajamos decibeles a la ansiedad, a la carencia, al desarraigo y a lo que sea que perturbe la existencia.

Cuando somos jóvenes el tiempo es una aporía, nos volvemos expertas en distribuir y planificar todo tipo de actividades entre casa, hijos y trabajo. Señoras lindas, esposas atentas, que sin darnos cuenta comenzamos a desarrollar el síndrome de Diógenes; apasionadas en el arte de la

acumulación de vajillas, manteles, cristalería que guardamos en cajas que terminan en depósitos a la espera de ocasiones especiales o dejamos como herencia a nuestros hijos para perpetuar nuestra seña de identidad. Siempre pensando en el futuro y resulta que lo verdaderamente magnífico y especial está pasando en el día a día, mientras nos quedamos esperando alcanzar una vida perfecta, sin apenas vislumbrar el riesgo que corremos de llegar a la vejez por asalto, sintiendo que hemos caído en el fondo del embudo cuando en realidad estaríamos entrando en la mejor etapa de nuestra vida.

MI cuerpo no habla desde la amargura, ni del desdén y mucho menos desde la ironía (nunca supe cómo hacerlo), habla desde los 60 años, sobreviviente en un país tan agotado y golpeado como mis rodillas, sólo que al menos ahora puedo decidir por mí, mientras que mi país está atrapado, pero eso es otro tema. Digo que simplemente habla un cuerpo que pide descanso, no parálisis, porque si tuviera otra edad, ahí estaría en la cocina inventando sabores y texturas, buscando telas para remozar los cojines, fertilizando el jardín, tomándome al atardecer un vermut bien frío, pero ahora el cuerpo pide soltura, pide flotar en aguas perfumadas de azahares, dejarse llevar por el silencio y la diligencia de las hormigas y, ya que estamos en confianza, diré que este cuerpo comenzó a pedir ser escuchado desde y para la libertad, poco después de haber cumplido 60 años, un día en la cocina. Una mañana estaba hirviendo unos trozos de yuca para hacer bastoncitos empanizados de acompañamiento de una muselina de espinaca, para lo cual la yuca debía mantenerse firme y suave; tenía todo calculado, organizado y planificado hasta que la yuca se deshizo en una masa amorfa e inatrapable, pero logré controlar la frustración, inspiré, espiré y ya estaba resuelto, los palitos serían ahora puré que llevaría al horno con queso fundido y puntas de espárragos. En ese momento me convencí que todo se resuelve en la manera en que nombramos las cosas, y por lo tanto les ofrecería a mis amigos un “gratén de tubérculos del Turbio” que ellos adorarían agradecidos.

\*\*\*

Cuando somos jóvenes nunca se nos ocurre escuchar nuestro cuerpo, quizás porque en esos años es silencioso o estamos tan ocupados en vivir que no percibimos sus ritmos. Pensamos que la agilidad y entusiasmo creciente es lo que distancia el cuerpo joven del anciano, pero no, es el silencio. El cuerpo joven es callado, relajado, despreocupado; el cuerpo anciano es una caja de resonancias, una sonoridad onomatopéyica capaz de emitir monosílabos inimaginables sin pausa ni tregua. Dormidos o despiertos, invadimos el ambiente de resoplidos, gorjeos, borboteos, graznidos, explosiones gasíferas, chasqueos, timbrazos, traqueteos, que nos pone en guardia aguzando la procedencia, la intensidad y la frecuencia de tantos ruidos, al punto de convertirse en el único entretenimiento que nos queda para llevar el día hasta su ocaso.

A mi cabeza rumiante le gusta el agua tibia. Cuando me baño empieza un trasiego de imágenes y pensamientos silentes e incontrolables, como esos niños hiperquinéticos que no soportan dos minutos inmóviles, buscando con miradas ansiosas una nueva víctima para el ataque. Luego, después del baño se queda en reposo, llegan sin ser convocados, sonidos de fondo que a veces resultan más incisivos porque pasan a ser silentes. Traigo encima un soundtrack que cambia a su antojo, unas veces en son numérico y ahí me veo contando escalones cuando bajo a botar la basura, llevando la cuenta hasta 10 en el momento de poner la miel a una taza té verde, o cuando sirvo la ginebra; contabilizo las 50 frotadas que doy a mi pelo para hacer la espuma y luego otras 50 para sacarla. Cuento 7 movimientos mientras me paso el hilo dental, 180 segundos que me lleva mantener mi cara inmóvil recibiendo el vapor del té para luego inspira-espír y volver a recibirlo en mis limpiezas de cutis semanales. Es increíble pero a mi cabeza le da por contar de una manera natural, fluida.

Lo mejor de todo es que me he despojado de relojes, espejos, tazas y cucharas de medir; tengo las medidas en el pulso, un giro de aceite para sellar un solomillo, dos para saltear vegetales y hasta cuatro para guisar un sofrito. Si necesito poner agua para una pasta, sin venir a cuento me cambia el soundtrack a la versión musical, dejo caer el chorro y de inmediato me llega como un rumor lejano *You're the first, the last my everything*. No ha sido fácil desprenderme de Barry White, caminamos, cocinamos y nos bañamos juntos todo el tiempo.

Dicen que caminar es un ejercicio excelente para liberar la mente. Falso, total y absolutamente falso. Salgo a caminar hacia la avenida Charleston por el canal que va al sur bordeando los jardines del Memorial Hollywood Gardens. Camino dejándome acariciar por el aire fresco que a esa hora de la mañana me regalan los ficus y las higueras en flor, los banianos de los jardines del cementerio que le dan sombra a las esculturas del parque. Resulta un pasaje relajante hasta que comienzan a aparecer los pequeños y descuidados jardines de la zona residencial. Se vienen como embelecados, imágenes haciendo fintas como queriendo desviar la escritura que he dejado en reposo, lanzando propuestas para recrear historias que podrían desarrollarse detrás de esas puertas, historias bizarras a juzgar por el aspecto de esos jardines insólitos, surrealistas y estafalarios. Me cuesta imaginar qué pasa por las cabezas de esa gente que más que habitarlas, parece parapetarse en esas casas. He visto todo, espejos simulando pequeños lagos, cabezas de venados, siervos disecados, pieles de tigres, pajareras que resguardan búhos de plástico, máscaras africanas, plumajes indígenas descoloridos, verdaderos museos de la ruinas y vitrinas del despojo. De pronto lo que comenzaba como divertidas fintas, van desapareciendo por la acción de trombas marinas que dan un virage a la escritura que he dejado pendiente antes de la caminata, enviándola a la profundidad de soledades abigarradas y emociones castradas que intuyo habitan en interior de esas casas, aun sin ver los rostros de los personajes que las ocupan.

Sigo mi camino escribiendo el posible relato, y se viene de nuevo el soundtrach, pero esta vez es mi voz narrando en acento argentino, lo que hace perder dramatismo al relato y lo va haciéndolo más verdadero, sin escándalo, sin conflicto, sin segundas intenciones, eso es la maravilloso del acento argenno.

De vuelta a casa, me dispongo a reiniciar la escritura, no sin antes dar retoques al apartamento, aun cuando he dejado la cama tendida y los platos del desayuno lavados, pero igual doy una pasadita al lavamanos, un cepillazo a la poceta, o separo ropa que he de lavar en el descanso. Tomo un vaso de alguna infusión que haya dejado en reposo y me siento a releer lo que viene escrito. Pero mi cabeza se niega a dejarse llevar y empiezan a llegar ecos del pasado, lo único que verdaderamente nos es propio a los viejos. Pasados que se instalan en el presente, recuerdos lentos e inacabados, pensamientos que aún guardados bajo siete candados de los que he tirado sus llaves, siguen están allí, perseverante, desafiantes y haciéndose dueños de esta cabezota parquisona. Entonces me olvido del relato inciado para aguzar el rumor de ese cuerpo que me anima a escucharle.

\*\*\*

Mis ojos viejos hablan cuando me miran, pero no es una mirada complaciente, es inquisitiva. Ojos que me auscultan, miran la piel buscando manchas, verrugas, lunares que aparecen sin anuncio y sin dolor; miran las manos, venosas e inseguras, miran el pelo, débil, opaco, y miran sobre todo la mirada. Los ojos viejos miran espantados, interrogan,

son una fuente de lágrimas que brotan sin motivo, y sin embargo, ante una situación dolorosa, quedan secos como palos de canela.

Los ojos de los viejos no son tiernos, no son ingenuos, no son tristes, no son alegres, no son amenazadores, son inquisitivos; pueden llegar a ser malvados, incrédulos y se comportan como espejos del espanto. No miran fijo a las personas, aunque sí se detienen en los árboles, en el mar, en la montaña, los dulces, los helados, y sobre todo, en el horizonte. Más que mirar, divagan buscando algo que no se parezca a lo ya conocido. En duermevela suelen ser inquietos, proyectan imágenes recurrentes, escurridizas, hasta que al filo de la medianoche, en el umbral del REM, entran en el esperado sueño que por fin nos lleva a un lugar remoto del no retorno.

Aun así, hay que respetar la valiente misión que llevan tan bien como pueden: la de avistar y advertir a sus congéneres vecinos en este dechado quejumbroso que es mi cuerpo viejo, de los colores que van saliendo en los fluidos y del sin fin de erupciones inesperadas y puntuales. Por temporadas los ojos centran su atención en objetivos distintos: músculos, membranas, protuberancias varias, venas, tendones, articulaciones, hasta terminar convirtiéndose en una extensión de la memoria, porque comienzan a llevar perfecta cuenta de los cambios que se van produciendo día a día, semana a semana, mes a mes, hasta que ya no queda otra excusa para ir al médico.

Mis ojos parecen estar obsesionados con la orina y con la lengua. Todas las mañanas como autómatas programadas, me planto frente a la taza del retrete a ver el color de la orina, que por lo general es muy claro por el agua que llevo tomando todo el día; en ocasiones olvido que he consumido remolachas o complejo B y de pronto me horrorizo, hasta que caigo en cuenta de que las he tomado. Cuando nos ponemos viejos

nuestros ojos dirigen su atención a lo anormal, parece que tienen una facultad especial para ver lo que durante años pasamos por alto, es como si comenzáramos a depender de ellos ya no tanto para ver lo que está frente a nosotros, sino lo que está oculto, *the other side*; es irónico pero es así, más que mirar escrutan lo micro, por muy debilitada que tengamos la visión, buscan el lugar más recóndito y oscuro.

No sé si lo leí en algún lugar o simplemente lo imaginé, pero con la vejez, la lengua se convierte en lector óptico, en el mural de la verdad; y no sólo eso, comienza a tener peso, es como si creciera, o al menos comenzamos a tener conciencia de que la tenemos, y que necesita ejercitarse. Toca ver qué dice la lengua, y vaya que habla.

Sí, la lengua también envejece, pero es un envejecimiento perezoso y pesado como un megaterio. Pide limpieza profunda, exige frescura, es intransigente ante la falta de cepillado y enjuagado. Aun cuando las papilas no se regeneran tan rápido como en la juventud, curiosamente van cambiando sus funciones, o mejor dicho, redimensionándose. A estas alturas, mis papilas del amargo deben estar vencién dose o dormidas porque lo soporto sin rechazo, hasta me voy acostumbrando y menos mal, porque de todos los sabores, el amargo es el menos prohibido por los gerontólogos como sí pasa con lo salado y lo dulce. Según parece, la lengua humana llega a tener 100.000 receptores gustativos, de esos, en la vejez sólo 5.000 van quedando activos, y al menos tres cuartas partes de ese residuo son las del sabor dulce, que una que otra vez se apaña con el agrio y el amargo. La buena noticia es que mientras más se reduzca el número de las papilas, puedo tomarme pócimas regeneradoras y desintoxicantes sin traumas; es un benevolente gesto que tienen la lengua con la vejez, aun así es un buen indicio, no sólo de vejez, sino de sana vejez



\*\*\*

Casi todos los órganos y sentidos cambian sus funciones con la vejez, pero ninguno lo hace con tanto desparpajo como el sentido auditivo; se vuelve astuto, selectivo, voluntarioso, impaciente y por supuesto sordo. Se cansa rápido, en particular de la verbosidad política dominante, del discurso monotemático y fundamentalista, sea religioso, artístico o espiritual; se hace el sordo con los comentaristas deportivos, los hermanos en Cristo, el reguetón, el rap y la bachata; también ante la palabra realenga, esa que sale por su cuenta desnuda e impertinente. El oído hace lo que le da la gana, escucha lo que quiere y cuando quiere.

Los oídos de los viejos aman a Vivaldi y a Debussy, disfrutan el silencio, adormecen con el tañer de campanas lejanas, mis preferidas, es una lástima no tenerlas cerca en ésta naciente vejez, aún así me llega su eco lejano y vigoroso a la vez. Creo que el oído es el suplente de la memoria cuando se va de viaje, y a su regreso no tiene que preguntar que escuchó en su ausencia, el silencio le cuenta todo. Es magnífico y leal. Con los años agudizamos la escucha porque nos da miedo quedarnos sin palabras, son ellas las que nos ubican como brújula sonora en un mundo cada vez más nuevo, más diverso y múltiple, con tantas opciones y focos de atención que al mínimo descuido nos perdemos en ese abigarrado barullo en que se han convertido las relaciones y acciones humanas. Ya nuestros oídos no quieren aguzar el incesante vaiven en la búsqueda de la gran felicidad de la sociedad de hoy, donde parece que no interesa tanto ser feliz a secas, lo que se busca a toda costa y a todo precio es la megafelicidad y a tiempo completo, sin despilfarro; no hay espacio para un asomo de tristeza o de melancolía y no digamos aburrirse de vez en cuando, nó, lo que se impone es sobreestimar el cuerpo y la mente. En medio de la arrogancia de la cultura institucional y la nueva sociabilidad, es anatema reconocer y mostrar pesimismo, ensimismamiento, ocio o contemplación como es la vida misma. En fin nos vemos presionados, y sobretodo los viejos, a

eludir momentos de bajos estados de ánimo y dedicarnos tranquilamente a la contemplación en medio de voces amables y sosegadas.

El olfato, como todo sentido en franco envejecimiento, reclama presencia, pide atención, busca hacerse sentir agobiándonos con sus facultades sensibilizadas y potencializadas; los viejos pasamos el día olfateando para darle preocupaciones a sus vecinos corporales. El olor de sudoraciones, la densidad del aliento, la vergonzosa química de gases y procesos indigestos, ponen en guardia al riñón, en alerta al hígado, en expectativa al colon. Cuando algo comienza a oler mal o diferente, ya estamos instalados en la vejez.

A los 20 años nos importa poco qué tipo de nariz tenemos, si es bonita o fea, grande o chiquita, chata o perfilada ni cuenta nos damos; con los años adquiere una deformidad en lento avance, apenas perceptible, sin prisa pero sin pausa; dejando claro que no dejará de crecer. Lo que nos queda es el consuelo de que poco nos afecta su aspecto mientras tengamos olfato, porque el olfato rebasa las dimensiones a su propio órgano e invade el resto de los sentidos, dándonos la posibilidad de olfatear con la mirada, con la escucha y sobre todo con la piel, que se yergue ante los sentidos para ponernos en la realidad exterior, la que ven los otros y cuya reacción involuntaria es el escalofrío y el estremecimiento que nos produce ver cómo va cambiando el mundo dentro y fuera de nosotros. Tengo la sensación de que el instinto está sembrado en la piel y en el olfato y que ese instinto me acompañará hasta el día de mi muerte, deseo que llegue suave y lentamente trayendo el olor del petricor.

Debería ahora dejar hablar al corazón, por desgracia ahora está encogido, quizá más adelante frente a un manso río vaya abriendo sus canales. Necesito para hablar de él, convertirme de ninfa náyade porque el agua que corre es lo más terapéutico que me ha funcionado.

La imagen que me dejó la abuela Dolores sentada en su butaca en el jardín de la casa posando su mano derecha abierta sobre su estómago, es la que que sin darme cuenta estoy adoptando en éstos últimos años. De pronto nos viene una necesidad de palpar el movimiento interno que se produce en el estómago intentando advertir qué señales nos está enviando, es un radar atento a todo lo que llega a su interior para dar aviso cuando algo no sentó bien. “Trago la sopa...La sopa está en mi, la tengo en una bolsa que no veré jamás, mi estómago. Palpo con los dedos y siento el bulto, el de removerse la comida ahí dentro. Y yo soy eso.” Son palabras de Horacio Oliveira pronunciadas cuando no está en su mejor momento. “Y yo soy eso, un saco de comida adentro...”. El estómago de los viejos es impertinente, imprudente, inoportuno. Reacciona ante cualquier anormalidad. Es como tener un viejo gruñón adentro dispuesto a dar la pelea sin tregua. Pero es una firme y leal aliado cuando asaltan las emociones que en la vejez están a flor de piel. Y a fin de cuentas, también son las emociones las que nos salvan de la gran tragedia en que puede llegar a convertirse tanto pasado cabalgando en tan poco presente, porque los recuerdos más repetitivos son los nimios, por fortuna las grandes conmociones son dramas furtivos.

\*\*\*

El plexo solar representa la sinceridad del libro abierto. Delatador de la oquedad, refugio donde Sisifo intenta descansar sin lograrlo, almiar del almuecin; siempre alerta para lo bueno y para lo no tan bueno, caja de resonancias, ecos de fulgores y lamentos nostálgicos. Por su cavidad pasa el tiempo como un recital pansolí, ajeno al final. El yacimiento prometedor para una arqueología del alma, es el espacio emocional.

El demiurgo reparte y dispone a todos los personajes del mundo íntimo poniendo a cada uno en su sitio, guiado por el más implacable cicierón: la memoria, ambigua pero leal a su cometido, pujando para purgar olvidos. En definitiva, un día y el otro dando presencia a las ausencias, de eso nos alimentamos. Suerte de ciclo samsara, de ovillo que se desata y comienza a deslizarse hacia rutas azarosas aunque tratemos de evitarlo. Por mucho que desde que abrimos los ojos al amanecer hagamos el plan del día que tenemos por delante, de nada valen los preparativos mentales sobre qué desayunar, el arreglo de la cama, los retoques al baño, las plantas y el mercado, la lectura, la caminata; en el momento menos esperado ya estamos en el recuerdo, reiniciado una y otra vez.

Lo que más sorprende del plexo solar es que tiene una contundente capacidad para poner negro sobre blanco, encender alarmas, activar reflectores, con la suerte de que sutilmente se van debilitando cuando nos vemos al espejo y constatamos la flacidez de la piel, el hundimiento de los ojos, surcos y camellones que se ramifican por todo el cuerpo y que finalmente confirman la aceptación y el deseo de descansar, de sellar la capitulación emocional, la firma del acuerdo, el triunfo de la butaca y las pantuflas. Y ahí nos quedamos, sosteniendo entre las manos la clepsidra que mide un tiempo que no es el nuestro, ese tiempo que se desprende como las hojas de los árboles, con naturalidad y puntualidad, una entidad que va a su aire y nosotros a la nuestra. Mathias Enard, en el libro Brújula dice que la humanidad no está en su mejor momento y que Dios no está dando lo mejor de si. No lo vamos a negar, pero no seríamos los viejos quienes nos apresuraríamos en afirmarlo, ya no estamos en situación de exigirle a Dios si es que en algún momento lo hicimos. Ahora vagamos por los grandes espacios de la vacuidad, viendo la tristeza del mundo que no es ya la nuestra, sin la pretensión de arrancarle su belleza de negrura luminosa. Aparcamos en la nada.

## La escucha del corazón

*Sólo lo que está oculto en nuestro yo es más grande que nosotros, es inmortal para nosotros y libre del azar, en armonía con la voz de las esferas, pero lo que no llevamos en nosotros, es para nosotros azar y azar permanente, es mortal para nosotros, ya nunca será más grande que nosotros; ya nunca nos encerrará...Hermann Broch. La muerte de Virgilio*

Nada le pone más en guardia al corazón que las canciones onomatopéyicas. Nada lo escinde más que el sentimiento de abandono tras el dolor de las pérdidas de seres amados. Es como si el corazón tuviera una especie de mecanismo autotómico que se pone de manifiesto ante situaciones difíciles y va poco a poco desprendiendo una parte de si en cada pérdida, en cada conmoción, en cada perturbación. El corazón de los viejos escucha con atención las ausencias, se refugia en ellas, son su casa íntima. La distancia como sublimación de la muerte

El corazón de los viejos se pone en movimiento cuando nos dejamos llevar por la imaginación y el pensamiento, reacciona a las evocaciones que resguardan a la memoria. Acelera las pulsaciones cuando la intuición aflora. Si estamos tranquilos, sin llamar pensamientos nostálgicos, que ni si quiera son recuerdos sino vagas imaginaciones espontáneas, se está tranquilo, en reposo; pero nada más inclinar un poco la balanza ya advierte su desazón, que muchas veces desemboca en una sucesión *in crescendo* de latidos, que

activan una alarma infalible que obliga a recobrar la quietud y volver a la realidad.

Cada latido del corazón es eco de su propia escucha y es también voz fuera del lenguaje; es escucha y voz de las pequeñas muertes. Mímesis que une realidad e intuición. Es un pleonasma si sentenciamos que vemos con los ojos pero también lo sería si declaramos que escuchamos con el corazón que a su vez se escucha de si mismo. Los viejos somos eso, puro corazón.

L